

Gonzalo Vial Correa ha realizado una investigación acuciosa. Su pluma, galana en ocasiones, inclinada al virtuosismo literario, ofrece un epílogo digno de recuerdo, al trazar la silueta de Martín de Porres, que no obstante, su origen sufrió por su fe cristiana a la que había adherido como símbolo de redención y paz.

El ejemplo de Gonzalo Vial Correa ojalá ilumine a muchos que en la actualidad aspiran a que se les considere historiadores, pero que, en realidad, desacreditan esa disciplina al hacerla vehículo de ideas tendenciosas y sectarias falseando los acontecimientos y pretendiendo extraer conclusiones que amparen planteos doctrinarios. Estos carecen de toda respetabilidad, pues quienes los sostienen hacen abstracción de los principios más elementales que todo verdadero historiador debe tener continuamente a la vista.

T. P. M. H.

<https://doi.org/10.29393/At408-73EETM10073>

El Extravagante, de LUIS DOMÍNGUEZ;
Zig Zag, 1965

Aunque el paradigma de las generaciones en literatura no satisface todos los criterios, se hace necesario recalcar que después de haber surgido la promoción del 50, otros escritores más jóvenes comenzaron a invadir la escena nacional y los aficionados a utilizar ese marbete los agruparon en la del 60.

Eran, entre varios más, Carlos Ruiz Tagle, Antonio Skarmeta, Mauricio Wacquez, Carlos Morand, Juan Agustín Palazuelos, Cristián Hunneus, Valerio Quesney Langlois, valiosos cuentistas y novelistas cuyo impacto no se hizo esperar. Con ellos figuraba Luis Domínguez, que trabajaba con discreción y sólo de cuando en cuando daba a conocer algún relato. Esta disciplina, ajena a todo estridencia propagandística, tenía que rendir sus frutos: y he aquí que tenemos *El extravagante*, colección de cuentos y novelas cortas.

Luis Domínguez ha centrado su atención en personajes menudos: niños y adolescentes en limitados radios de acción, pero les ha sacado gran partido. Esos caracteres a los que acecha la curiosidad por lo prohibido, víctimas de maquinaciones de terceros, naturalmente inseguros de sus actos son analizados en sus diferentes reacciones. Hay en ellos diversas facetas dignas de subrayarse: el mundo circundante, el amargo desaliento que en ciertas ocasiones turba los espíritus, el ingenuo regocijo que les devuelve la sonrisa y el ánimo, la ternura o la incompreensión en contacto con sus mayores.

Estos matices sutiles, de la más fina percepción psicológica, están admirablemente logrados en este libro, cuyo material no obstante podersele considerar por separado está interrelacionado entre sí, proyectándose de un relato a otro la acción que se desenvolverá en tiempo futuro, o rasgos pertenecientes a la personalidad de algunos personajes, las que se enriquecen con este continuo aporte de experiencias.

Teniendo como protagonistas a seres de corta edad, abundan en estas páginas referencias pueriles, explicaciones de circunstancias que se pierden en

el vacío, circunloquios intencionados; pero no debe creerse que una inocencia candorosa preside las relaciones entre las personas: no. Hay penosos sucesos que alteran la jubilosa convivencia humana; con todo, los sentimientos de pureza infantil predominan en *El extravagante*. Antes que vuelo imaginativo, Luis Domínguez se ha esmerado en penetrar con agudeza en mundos cerrados, como son los de los jóvenes, que están en permanente evolución, ponderándose hoy lo que se aborrecía ayer, para caer mañana en un estado de indiferencia.

El lenguaje está empleado con propiedad, pero los diálogos siendo fluidos, caen en lo cotidiano, en lo periodístico. Existe, en todo caso, un pulimento concienzudo, sin que el autor haya caído en el preciosismo estilístico. Lo que hay es una adecuada calibración del léxico, sobrio y bien trabajado.

Luis Domínguez ha puesto especial énfasis en la captación a fondo de la intimidad personalísima de los personajes. De sus monólogos o diálogos se desprenden rasgos importantes para calar sus anhelos e inclinaciones. Al autor le interesa más el estudio del individuo que la descripción del ambiente donde desarrolla su actividad.

Este libro es un excelente indicio de las calidades literarias de quien lo firma. Luis Domínguez es un escritor laborioso a quien no apura realizar obra, sino hacerla en forma. De ahí su silencio de años, que pudo haber acortado a voluntad. Esta espera ha sido provechosa y así ofrece hoy un libro maduro y meditado hasta en sus menores detalles. Es el testimonio, en fin, de un joven meritorio relatista, que en vista de sus disposiciones cabrá exigirle mayores logros en el futuro. Repitémoslo: *El extravagante* da a conocer a un promisorio escritor que va en camino de ser grande.

T. P. M. H.

El Cautiverio Feliz en la vida política chilena del siglo XVIII, de SERGIO CORREA BELLO; Editorial Andrés Bello, 1965

El *Cautiverio Feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es una de las obras más representativas de la literatura colonial chilena. Hasta el momento se le tenía como un documento emanado de un militar memorialista, donde consignó sus impresiones sobre los araucanos, de quienes fue prisionero durante un breve lapso, lo suficiente como para observar su vida y costumbres.

Es curioso anotar que Pineda y Bascuñán intercaló en su relato no pocas citas de sabios, filósofos, poetas, juristas, demostrando el bagaje cultural de que disponía. Evidentemente, las disgresiones, a menudo inoportunas, perturbaban el buen desarrollo de la obra, pero en todo caso queda a salvo la intención del memorialista de ver respaldados sus juicios con autorizadas opiniones de terceros.

La pintura de los indígenas está bien realizada. Realismo y candor (motivado por escrúpulos religiosos) son notas distintivas del *Cautiverio Feliz*.

La estada de Pineda y Bascuñán entre los araucanos le sirvió para conocer